

A notebook page with a pencil, a flower, and a hole punch. The pencil is in the top right corner, the flower is on the left side, and a hole punch is at the top left. The page is white with a spiral binding on the left.

PARTO HUASTECO 82

Alberto I. Gutiérrez

Mtro. en Antropología Social COLSAN

El nacimiento sucede cuando tiene que llegar, porque los mexicanos no sabemos de tiempos, ni de horarios, ni de escalas. El arribo es a fuerza de capricho. Para nuestras madres todo ocurre a pulso de voluntad ajena. Esto precisamente fue lo que pasó una noche oscura de diciembre de 1982, en una casa de madera y techo de palma, ubicada en algún lugar recóndito de la Huasteca Potosina. A una criatura le dio por nacer antes de su hora, pero las condiciones del alumbramiento no eran ni de cerca las mejores, pues nada se hallaba listo para tal acontecimiento. La semilla simplemente había decidido germinar dos meses antes de la primera lluvia, sin importarle la regla de los nueve, ni que estuvieran ausentes las manos de la partera. Para mayor sobresalto, en esa morada no había esposo, ni padres, ni hermanos, ni siquiera vecinos envidiosos que pudieran socorrer a la joven madre de nombre Fortunata, sólo su hija Epigmenia, de unos siete años, y una soledad campesina gigantesca de sabor amargo como el cempoal o las hojas de la siempre verde limonaria.

El primer indicio de dar a luz comenzó al caer la tarde, principiando con un retortijón fortísimo, una contracción firme e intensa que Fortunata no pudo ignorar, seguida por un chubasco cavernario que terminó por empapar las cobijas que yacían sobre el petate de palma. Después de este augurio, el dolor simplemente no paró y sólo fue en aumento con el paso de las horas. Podía verse a la distancia a la hija de Nata entrar y salir del cuarto principal, llevándole cada tanto a su madre brebajes herbales para aminorar su dolor; intentos para “enrapidecer” el nacimiento. La verdad es que la calma y la templanza no pasaron por aquellos parajes, pues la criatura no ofreció tregua alguna: insistiendo, apretando las carnes de su progenitora, ansiando luz. Se

podía ver claramente el ascenso y el descenso del vientre materno, tal y como hace la tuza en la tierra cuando le regala una puerta a su madriquera, que en realidad se trata de un laberinto.

De pronto, Fortunata sintió que había llegado la hora de dejar salir aquello. Entonces, movida por una fuerza desconocida, se puso en pie, para luego colocarse en cuclillas. Después la joven dio instrucciones rápidas a Epigmenia, quien se colocó frente a ella con unos paños suaves y hojas de papatla para recibir al fruto de sus entrañas. Los brazos de la madre se aferraron a una cuerda que colgaba de una de las vigas del techo, como si su vida dependiera de ello, haciendo que la carne de ambas extremidades, antes morenas, se fueran tornando rosáceas con el pasar de los minutos. Tras sujetarse con firmeza a esa sogá que no sería ocupada para suicidio sino para la noble faena de traer vida, hizo un primer esfuerzo que fue secundado por un lamento que interrumpió por unos breves instantes la quietud de la noche.

Respiró hondo, se armó de valor y nuevamente pujó, pero ahora con un ruido discreto, gracias a un trapo que colocó su hija entre sus dientes. La carne del vientre fue cediendo de a poco, al congraciarse ambas voluntades y, finalmente, un bebé amoratado brotó de las profundidades uterales. Un chispazo, un halo de júbilo se asomó en el rostro de ambas mujeres, el cual duraría sólo unos pocos minutos, desvaneciéndose al no ver respuesta alguna por parte de la criatura, la cual permanecía inmóvil en los brazos de su madre. El nerviosismo y el pánico se fueron apoderando de la cabeza de Fortunata, quien angustiada empezó a mecerle frenéticamente, a invocarle con palabras dulces como la caña, acercando sus pechos para ver si el olor a leche le hacía volver. Faltaban veinte años para que llegara la idea de amor maternal en aquel sitio desolado, pero lo que sucedió bajo ese techo era semejante a lo exhibido por el espíritu contemporáneo.

La pequeña Epigmenia no fue inmune a lo que estaba pasando, pues al ver la desesperación materna se olvidó de los pasos siguientes, quedándose atónita ante el fracaso. Tras unos minutos recordó que debía ir en busca de un carrizo con el que cortaría de una vez por todas el cordón que les ataba, esto último rompería el nexó cárnico que existía entre su madre y el ahora cadáver. La hija salió rumbo al arroyo que pasaba por detrás de la casa y, Fortunata, semidesnuda, con los pechos al aire, se quedó sola por unos instantes esperando el despertar del niño, su tan ansiado anhelo. Ante la falta de respuesta, Nata no





dudó en empezar a recitar oraciones, así como sondear las incontables letanías del santo rosario, sin importarle el miedo a la improvisación o al equívoco, agotando en el acto todos y cada uno de los ardidés propiciatorios aprendidos durante la infancia. Lo anterior, a pesar de que su cuerpo le daba indicios de que le era imposible seguir, le hizo ver su necesidad de recargar fuerzas y que le faltaba caldo de pollo en la sangre de, por lo menos, unas diez aves.

En esos momentos, Fortunata no fue capaz de ocultar su decepción hacia Dios, Jesús, la Virgen, los ángeles y los santos, que siempre suelen ser ingratos con los más pobres. Sin embargo, siguió perseverando en su sacra labor, pero esta vez rezando en tono amable, pensando que las repeticiones melosas podrían hacerle un espacio en el corazón de los seres celestiales, pues a los poderosos se les puede conquistar a través de lo dulce, a través del placer. En eso, ocurrió un incidente, un fallo súbito en la enunciación de una de las letanías, producto de la prisa –que por donde se vea siempre mal aconseja–, lo cual hizo que una pesadilla antigua abriera los ojos. Fue entonces que la noche le oyó a lo lejos y a la joven madre le sonrió. Un viento lóbrego, de más allá de los cerros, atravesó el manchón de árboles que se encontraba frente a la propiedad para luego entrar al recinto, cuyo tránsito hizo tintinear la flama de las ceras, casi barriéndolas como a las luciérnagas en pleno vendaval nocturno.

El vagido tan esperado, el grito de arriba, emergió purulento de la garganta del crío y fue invadiendo de a poco los rincones de la casa, al punto de que se mostró capaz de sacar a su hermana del trance, al haberse extraviado en su cabeza mientras sostenía un trozo de carrizo. El bebé volvió en sí, ahora podía decirse de él que no se trataba de muerte sino de vida. Sin tiempo que perder, su madre decidió arrojárselo para después colocarlo suavemente sobre el petate de palma, evitando a toda costa tocarlo, esto para no mancillar o teñir de hollín lo immaculado. En eso un frío siniestro se fue adueñando del cuerpo de Fortunata, de todos y cada uno de los pliegues de su carne, mientras una figura espectral altísima se asomaba entre los rollos de palma del techo. Ella creyó que se trataba de un ángel que tal vez había ido a concertar el milagro. Su hija al ingresar al recinto con carrizo en mano no pudo evitar sorprenderse al ver a su hermano despierto patear inquieto entre retazos de tela, hojas y cobijas, mientras un intercambio de vidas había dado inicio. Fue así que la joven madre cerró los ojos y, en silencio, dejó de respirar.



La niña y la abuela, Pedro de David Salas Muñoz